

DON BOSCO_Y
LA CARIDAD EN LAS PRISIONES

DON BOSCO

Y

LA CARIDAD EN LAS PRISIONES

CONFERENCIA

PRONUNCIADA

EN EL ATENEO DE MADRID EL DÍA 12 DE MARZO DE 1888

POR

FRANCISCO LASTRES

Doctor en Derecho
individuo de la Comisión de Códigos extranjeros, del Consejo Penitenciario y Diputado á Cortes por Mayagüez



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ IMPRESOR DE LA REAL

CASA Libertad, 16 duplicado

1888



DON BOSCO

Y LA CARIDAD EN LAS PRISIONES

SEÑORAS Y SEÑORES: Arraigada tengo en mi alma la gratitud que debo al Ateneo, por la deferencia con que ha acogido siempre los modestos trabajos que he tenido la honra de someter á su consideración; y si el Ateneo ha sido tan benévolo conmigo, en ocasiones en que trataba asuntos que podrían provocar controversia, ser objeto de crítica y de pareceres encontrados, confío que esa benevolencia no me la negaréis esta noche, que no vengo con propósito de contienda, sino únicamente con el de ofrecer ocasión de honrar la memoria de un grande hombre, y por mi parte cumplir un sagrado deber, diciendo algo de lo mucho que la humanidad debe al ilustre D. Bosco.

Verdaderamente, señores, el mes de Enero del presente año ha sido tristísimo para nuestra hermana la gran nación italiana. El 15 de Enero moría el insigne Francesco Carrara, mantenedor ilustre de la ciencia penal, el autor clásico por excelencia, el iniciador de la fórmula de la tutela jurídica, que se puede decir informa el Derecho penal moderno.

Quien tanto valía, bien merece que desde este sitio, personas mucho más autorizadas que yo, y también desde otras cátedras de Madrid, consagren un recuerdo al escritor profundo, tan popular entre los hombres de ciencia españoles, como lo fué en su tiempo Rossi, y como es y será siempre nuestro inmortal Pacheco.

No voy esta noche á ocupar vuestra atención hablándoos del hombre meramente teórico; pues siendo escritor tan fecundo que pasan de cincuenta las obras debidas á Don Bosco, no es en el terreno puramente especulativo, no es en el de la teoría, en el que voy á tener la honra de presentaros la figura de D. Bosco, porque no es esa la causa que le ha inmortalizado. Es su propaganda maravillosa; es su desinterés, con nada comparable; es su constancia, que supera á toda ponderación; es todo junto, lo que hace de D. Bosco una de las figuras más salientes del siglo XIX.

Fué hombre dedicado á hacer el bien, que á manos llenas repartió por el mundo entero; y no es España la nación que menos debe al ilustre italiano. Por eso, sin que de mi parte haya propósito de censura, porque soy amigo de la prensa y me honra llamarme periodista, no puedo menos de deplorar que la prensa popular madrileña no haya tenido una frase de recuerdo para el hombre que tanto ha hecho por la nación española. Ya sé que coincidió su muerte con un período de febril agitación, en el que la vida política absorbía la atención de todos, y sólo por eso podrá aparecer explicado que los diarios de Madrid á que me he referido, no tuviesen una frase para el gran sacerdote italiano. Tengo la seguridad de que si hoy algunos periodistas me honran con su asistencia, aprovecharán la oportunidad que les ofrezco para remediar el silencio, presentando á la consideración del país lo mucho que valía el que es objeto de mi trabajo esta noche.

Nació D. Juan Bosco el 15 de Agosto de 1815 en el case-río de *i Becchi*, Ayuntamiento de Castelnuovo d'Asti, en Turín.

Podía D. Bosco decir, como Silvio Pellico, que daba gracias á Dios por haber venido al mundo en una posición que, estando tan lejos de la indigencia como de la fortuna, le per-

mitía ver con completa serenidad los verdaderos defectos sociales, sin odio ni envidia para la opulencia, ni desprecio ni olvido para la desgracia. Perteneció á una familia modesta; y al distribirse los trabajos, teniendo en cuenta la compleción física de D. Bosco, porque era hombre de robustez extraordinaria, un verdadero atleta, su familia le dedicó á las labores del campo. Sin embargo, no era esa su vocación; D. Bosco tenía el propósito de instruirse, y, armonizando los deberes que la familia le imponía con sus deseos de ilustrarse, acudía á la escuela, distante muchos kilómetros de la casa paterna. Dominado por aficiones religiosas, acudía también al templo para oír las predicaciones de los sacerdotes, y las retenía con aquella memoria prodigiosa, que era una de sus facultades características, que conservó siempre, hasta sus últimos instantes; pues recordaba de manera admirable, no sólo la síntesis, los conceptos, sino hasta los detalles más pequeños de las conversaciones que ante él se hubieran suscitado, fenómeno que tuve yo ocasión de comprobarlo personalmente. D. Bosco, llevado por sus aficiones religiosas, ingresó en el célebre Seminario de *Chieri*, donde adquirió relaciones con el eminente teólogo Luis Comollo, de quien conservó siempre recuerdos tan indelebles y gratitud tan viva, que el primer libro que publicó D. Bosco lo dedicó á su venerable maestro de teología.

La enseñanza que recibía, la lectura de libros sacros y el estudio de las vidas de los santos, le llevaron á encontrarse frente á frente de la de San Francisco de Sales, figura admirable, existencia que seduce y cautiva, cuando se ve al gran Obispo de Ginebra luchando contra los protestantes, con aquella oratoria sublime, arrebatadora, con aquella persistencia para conseguir su ideal, sin ceder jamás ante ninguna dificultad. D. Bosco debió ver en San Francisco de Sales una figura, que le indicaba el camino trazado por la Providencia; debió ver en aquel Santo, algo que podía significar un destino que Dios le tenía reservado. Esa afición, ¿por qué no decirlo con su frase propia? esa devoción que D. Bosco tenía hacia San Francisco de Sales, le dominó tanto, que cuando llegó la hora de fundar aquella hermosa congrega-

ción de que más tarde me ocuparé, la dió el nombre de *Salesiana*, en recuerdo del gran Obispo de Ginebra, cuya vida y obras tanto le habían cautivado.

Sale del Seminario, recibida ya la ordenación, é ingresa en el Instituto religioso *il Convitto*, donde perfeccionó sus estudios bajo la dirección del eminente teólogo Caffasso, cuya memoria veneraba mucho D. Bosco, y lo acredita el libro interesantísimo que le dedicó, lleno de unción evangélica y de gratitud que rebosa por todas sus páginas. Allí, como digo, completó su educación, y habiéndosele invitado por el director á que ejerciese su sagrado ministerio en los hospicios, los hospitales, los asilos ó las prisiones, D. Bosco se decidió por las últimas, y cumpliendo su deber, concurrió á las cárceles de Turín. En ellas se manifiesta todo aquel gran corazón, aquella abnegación que inspiró la vida de D. Bosco, no limitada á cumplir su divino ministerio, consolando los desgraciados presos, y aconsejándoles, sino haciendo mucho más. No se contentaba con cumplir un deber meramente externo; analizaba la vida de aquellos hombres, indagaba las causas que los habían conducido á aquella situación, y D. Bosco se encontraba casi siempre con el fenómeno que en las prisiones se produce, cuando se estudia seriamente la población que las llena. El criminal por accidente, el criminal de ocasión, como dice una escuela moderna, es raro, es el caso excepcional; el criminal es casi siempre un hombre que ha tenido mala preparación, que se vió abandonado en su juventud, rodeado de malas compañías, pervertido por ejemplos funestos, y quizás, quizás algún criminal habrá llegado á serlo, teniendo el Poder público, teniendo la sociedad misma toda la responsabilidad de su conducta. D. Bosco, viéndose enfrente de ese problema gravísimo, comprendió, y comprendió bien, que debía combatirse la criminalidad, no sólo por medios represivos, desgraciadamente indispensables, sino que era más provechoso y humano evitar las caídas, y para lograrlo era preciso apartar á la juventud del camino del mal. Veía las calles llenas de jóvenes abandonados, sin albergue ni ocupación, y comprendía que esta ociosidad no podía conducir más que al crimen; vió que los jóvenes perseguidos y

recluidos por la justicia, al salir de la prisión se encontraban otra vez en medio del peligro, solicitados por estímulos que volvían á hacerlos delinquir. El problema hirió su alma de tal suerte que, evocando recuerdos para él queridísimos, comprendió que era urgente satisfacer esta necesidad social, y la acometió solo, animado por una fe santa, inquebrantable, que no le abandonó nunca, y á ella debió sus éxitos colosales. En la lucha emprendida por D. Bosco para realizar su pensamiento, gran fe le sostenía; pero los recursos materiales le faltaban, y, discurriendo la manera de resolver el problema, ocurre un accidente que determinó la solución.

El 8 de Diciembre de 1841 se encontraba D. Bosco en la iglesia de San Francisco de Asís de Turín, preparándose para celebrar el santo sacrificio de la misa. Uno de los sacristanes maltrataba á un niño de conducta deplorable, á quien el servidor de la iglesia había reconvenido por sus atropellos y por sus actos incalificables. Sin duda aquella vez, harto de tanto sufrir, el sacristán no se limitó ya á reconvenir, sino que maltrató de obra á aquel desgraciado. Don Bosco ve la escena y comprende que el joven es digno de reprehension, pero cree que el sacristán se excede, y sin abandonar sus vestiduras, llama y dice al sacristán:—¿Por qué le maltratas? ¡Si es amigo mío!

El niño se encuentra frente al sacerdote, cuya mansedumbre debió comparar con la ira del sacristán, se siente dominado, cohibido en presencia de aquel sacerdote venerable; y D. Bosco á su vez se halla frente al eterno problema del abandono.

Era un joven desvalido, sin más albergue que las calles, solicitado por la ociosidad y el vicio, que son caminos que conducen á la cárcel. D. Bosco debió pensar en aquel infeliz puesto en su camino para que le redimiese; le recoje y le dice:—Ya tienes un padre que te ampara.—Ese joven se llamaba Bartolomé Garelli, y D. Bosco decía que ese niño fué la primera piedra de su colosal edificio.

Así empezó la obra. Al poco tiempo ya no era Garelli sólo, pues el 5 de Febrero siguiente eran ya 20 los jóvenes y más

tarde 30, los que se agrupaban en su derredor. D. Bosco necesitaba un local para dar sus conferencias dominicales, y de la sacristía de la iglesia de San Francisco de Sales se sirvió. Allí, los días de fiesta, hablaba á sus jóvenes, y, sin olvidarse de lo que la juventud reclama, descendía al nivel de aquellos seres de pocos años, les distraía con sus relatos, y sin violencia les señalaba el sendero de la virtud. Durante la semana, aquel infatigable sacerdote cuidaba de sus niños, de sus amigos del oratorio, como él los llamaba, y cuando el domingo quedaban libres, acudían todos á escuchar las conferencias del maestro, mirando con veneración á aquel sacerdote incansable que pasaba toda la semana protegiendo y dignificando á los que el domingo iban á oír su divina palabra.

Así nació en la sacristía de San Francisco de Asis el Oratorio festivo, que tomó este nombre porque D. Bosco nunca quiso dar motivo para que se pensara que imbuía en la juventud determinadas creencias ó que sólo educaba jóvenes para el ascetismo ó el monasterio.

Comprendía, como le sucede á todo el que con juicio piensa sobre estos problemas, que el elemento religioso es indispensable para la educación de la juventud, y así se ha entendido siempre, hasta el punto de que en los países donde la libertad de cultos, no ya la tolerancia, sino la libertad de cultos tiene su más completa manifestación, en esos países, en las escuelas de jóvenes y en las casas de corrección, está prohibido que haya promiscuidad de religiones. Hay establecimientos católicos, otros protestantes, alguno judío; pero en ninguno están mezclados los niños, que profesan religiones diversas.

La reunión de los jóvenes en el Oratorio empezó á preocupar al Municipio de Turín, á su *Sindaco*, el padre del que después fué Conde de Cavour, á los párrocos mismos, pues á todos sorprendía la obra de aquel hombre, reuniendo aquella juventud á su alrededor. No faltaron envidias y murmuraciones, y las calumnias propaladas tomaron tanto cuerpo, que las Autoridades se creyeron en el caso de investigar lo que de cierto hubiera; pues se había llegado á decir de él

que ejercía sobre los jóvenes coacción y violencia irresistibles. Sobre ello interrogó el padre de Cavour, y D. Bosco respondió:—¡Yo coacción sobre mis jóvenes! Me someto á una prueba que será decisiva: el domingo no vengo al Oratorio; diré que voy al campo (á un campo próximo á Turín, llamado prado *Valdocco*), y ya verá el Alcalde de Turín si mis jóvenes me siguen ó no.—Así se hizo, y ni uno solo de sus amigos faltó al prado á oír sus predicaciones y pasar el domingo al lado del venerable padre. La experiencia no pudo menos de llamar la atención del Sindaco Cavour, quien, rendido á la evidencia, reconoció que había allí algo extraordinario y providencial, muy digno de respeto.

La victoria conseguida por D. Bosco no fué bastante para tranquilizar su espíritu, y aun cuando hombre de combate, la naturaleza no tuvo más remedio que resentirse, acometiéndole terrible enfermedad. Por consejo de los médicos y propio interés se retiró á su pueblo, á aquél modesto caserío *i Becchi*, donde aún existía su madre Margarita, cuyo nombre va unido al de su hijo, y todos los biógrafos la elevan á la altura que se merece. Al calor del hogar, recobra la salud; pero pensaba siempre, y más que nunca, en su propósito, en sus jóvenes, en sus hijos, como él decía, que echarían de menos la presencia de su padre. Apenas restablecido, convaleciente aún, emprende el camino de Turín, acompañado de su santa madre, formando, señores, un grupo sublime, manifestación completa del idilio cristiano. Un modesto sacerdote, que no contaba con más apoyo que su anciana y valetudinaria madre; una madre que veía á su hijo acometer una empresa colosal, sin más amparo que el que nunca falta á las almas grandes, el apoyo de la Providencia. El sublime grupo á su entrada en Turín encuentra al teólogo Vola, y éste asombrado pregunta dónde van; D. Bosco le contesta:—A continuar mi obra.—¿Con qué recursos?—le dice.—Dios proveerá.

En estas condiciones halla modestísimo albergue, y á poco encuentra en la calle un joven abandonado, le recoge, le atiende, y su madre cuida de aquél niño como si fuera hijo suyo, con ese interés que sólo la mujer puede proporcionar

en el hogar. Con Garelli empezó el Oratorio festivo, con este otro joven nace el Hospicio Salesiano; y así fué aumentando su prestigio, un joven, después otro, hasta llegar al año de 1848, cuya fecha todo el mundo sabe lo que influyó en la historia de Italia. Nadie ignora lo que fueron aquellas campañas del Rey Carlos Alberto, que produjeron tantas transformaciones, y aquel movimiento interior, enérgico de la nación italiana para alcanzar su unidad. Cuando el Piamonte, de una manera franca, la Lombardía, de una manera encubierta, y la misma Toscana, aunque los grandes duques la contuviesen, seguían el empuje de una corriente que, por fortuna de ese país, se tradujo después en un hecho práctico; en esos momentos que yo no quiero juzgar ahora, en que Carlos Alberto, abriendo las válvulas de la opinión, dió el edicto amparando la libre manifestación del pensamiento, y afirmó la llamada libertad de cultos, entonces no faltó allí alguien que abusase, haciendo víctima á los católicos; y muchos, en nombre de la libertad, se empeñaron en hacer una víctima de D. Bosco. Causa, señores, verdadera pena ver qué clases de implacables persecuciones, cuánta amenaza de muerte, cuánta alevosa emboscada puso en grave peligro la vida del gran sacerdote. Porque no doblegaba su carácter de acero á lo que se le exigía; porque, comprendiendo los agitadores de aquel movimiento que podría ser auxiliar de gran importancia para su propaganda, le solicitaron en sentido que su conciencia rechazaba, y ante una voluntad resuelta no encontraron cosa más abonada, ni solución mejor que atentar contra la vida de D. Bosco. Por fortuna, la Providencia le salvó siempre de todo, estrellándose las intrigas ante la vida acrisolada del venerable sacerdote, consagrado por entero á cumplir su destino.

Pocos años después de esos sucesos, el hospicio, que con un solo acogido empezó, atrajo las simpatías de la población de Turín; ya hubo quien facilitó local á propósito para ensanchar su esfera de acción, y donativos importantes acudían para proteger huérfanos. La obra santa entraba en verdadero camino de prosperidad, y comprendiendo el fundador que solo era poco para llenar la misión que se había impuesto,

invita, para que concurran á su obra, á sacerdotes inspirados por la misma fe, y cuando los tiene, resuelve crear la congregación para la que redacta un reglamento, y cuando lo tiene todo, acude al venerable Pío IX, que en 1874 aprueba la orden ó instituto de los *Salesianos*.

Ya tiene D. Bosco una congregación fundada por él, inspirada por él, sin más objeto que realizar su objetivo de siempre, única idea, absolutamente la única que dominaba al gran sacerdote de Turín. Su alma grande no podía consentir que sólo la juventud masculina, que sólo los varones obtuviesen los beneficios de la redención; pues si peligros había para los niños, mayores eran, y de calidad más íntima, los que rodeaban á las mujeres. Comprende que hay necesidad de constituir otra asociación y halla auxiliar poderoso en la venerable María Mazarello, cuyo nombre conservará la Historia, y quizá algún día consagrarán los altares, testimonio de admiración para quien sus grandes virtudes la hacen acreedora á la santidad. Auxiliado por esta dama de Turín, constituye, D. Bosco, con la aprobación de la Santa Sede, la orden de *Hijas de María Auxiliadora*; señoras que, respecto de las niñas en los asilos, en las prisiones, en las colonias agrícolas, hacen exactamente lo mismo que respecto de los niños practica la Orden Salesiana.

Teniendo D. Bosco una institución para varones y otra para las niñas, comprende que su deber, tal como él se le había impuesto, no le permitía limitar su acción á Italia, que también había jóvenes desvalidos en Francia, y allá van las dos Ordenes; el problema se presenta en Inglaterra, y allá se dirigen; se sabe que en esta nuestra querida España la necesidad se presenta con iguales caracteres, y donde se fija su inteligencia es en Andalucía, donde se advertían ráfagas, verdaderamente alarmantes, de un socialismo no contenido aún. Allí había lo que en el resto de España, si es que existe, no se manifestaba con tal gravedad, y van los salesianos á buscar la dificultad donde se encuentra; van al corazón, á las comarcas donde mayores manifestaciones tenía ese que podemos llamar vicio social, ó gran desgracia, si queréis que emplee una frase más suave. D. Bosco funda

el primer Taller Salesiano de España, en Utrera, y preguntados á los que son vecinos del Asilo, cuánto bien ha recibido la comarca andaluza, y á cuántos hombres ha redimido del vicio y de la perdición la Orden Salesiana.

No se contenta con llevar su institución á Andalucía, pues sabe que hay otra comarca muy laboriosa, que por su mismo trabajo fabril, hablo del territorio catalán, y en especial de la industriosa Barcelona, donde si bien hay grandes manifestaciones del trabajo, hay á la vez peligros muy dignos de consideración, y allá van los Salesianos también. Cerca de Barcelona, en Sarriá, funda otra escuela, que yo he tenido la honra de visitar varias veces, y de los que me oyen muchos hay que conocen el establecimiento y saben cuántos beneficios debe Barcelona á la obra de D. Bosco.

Era tanto su cariño para España que, no hace mucho tiempo, cuando ya sus achaques apenas le permitían moverse, viene á Barcelona, porque decía que no quería morir, sin haber pisado la hospitalaria tierra española. Yo tuve la honra de acudir á la ciudad Condal cuando supe que D. Bosco estaba allí, y muchas personas tuvieron ocasión de ver el espectáculo que ofrecía la villa de Sarriá, por la multitud que de todas partes acudía para saludar al modesto sacerdote, á aquella figura verdaderamente extraordinaria, cuyas bendiciones se solicitaban con religiosa veneración. Eso ocurrió no hace todavía dos años, cuando su salud permitía creer en una existencia que no se extinguiría tan pronto como, por desgracia, sucedió.

Por lo mismo que España debe esos beneficios á la Orden Salesiana, decía al principio de mi discurso, que no me explicaba el silencio de la prensa popular, porque al fin y al cabo no se trata de un hombre que procuró grandes beneficios á la sociedad, reduciéndolos á la patria en que nació, sino que D. Bosco nos los vino á traer, y aquí hemos experimentado sus bondades; y bien merecía que, para no incurrir en la nota de ingratitud, se hubiera dicho algo de lo mucho que D. Bosco se merecía.

No era bastante Europa para su campaña de redención; hay en la América del Sur territorios ocupados por salvajes

en perpetua ignorancia, donde no ha penetrado aún la luz del Evangelio, y á llevarla van los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora. Esta noche hay en el Ateneo personas que en este momento me honran con su atención, funcionarios ligados con la República chilena, que saben cómo se venera allá, en la República Argentina y en Patagonia, la obra de redención acometida por nuestro biografiado.

Vida de tantos esfuerzos, trabajo tan colosal, medio siglo de luchar, tuvieron por desgracia el resultado que hoy nuestro espíritu lamenta. El día 31 de Enero del corriente año anunciaban las campanas del Hospicio Salesiano la gran desgracia ocurrida para la Orden. Aquel día espiró D. Bosco. Es preciso, señores, leer los periódicos de Turín, los de todas las opiniones, para comprender la explosión de entusiasmo, de verdadera veneración, que produjo en Turín la noticia de que el gran sacerdote había fallecido. En la bulliciosa ciudad los negocios se paralizan, las tiendas se cierran, los edificios aparecen con luto, y todo el mundo se dirige á la vía Cottolengo, donde D. Bosco tenía su Asilo, para rezar delante de su cadáver.

Llega el momento del entierro, y no recuerdan los habitantes de Turín, á pesar de tantas manifestaciones populares como allí han tenido lugar, una tan imponente ni tan espontánea como la que proporcionó el entierro de D. Bosco, tanto que uno de los conflictos, una de las grandes dificultades que las autoridades tuvieron que resolver, fué la de ordenar el sinnúmero de personas que querían honrarse con llevar sobre sus hombros el cadáver del primer Salesiano, á cuyo paso las gentes se descubrían, y, como adelantándose al fallo de la Iglesia, decían: «era un santo», palabras con las cuales la multitud afirmaba que aquél hombre había realizado todo lo que en la tierra puede hacerse para lograr la divina inmortalidad.

De tal suerte era popular D. Bosco en toda Italia, y especialmente en Turín, que, si el Ateneo me lo permite, voy á referir un episodio sencillo, que quizás no encaje en el tono general de mi discurso, consagrado á enaltecer y reverenciar la gran figura; pero que me servirá para comprobar la tesis

que sustento. Nadie ignora que D. Manuel Silvela y yo fuimos comisionados por el Gobierno de España para representarle en el Congreso penitenciario reunido en Roma el año 1885. Hicimos nuestro viaje con el propósito de detenernos en Turín, para conocer personalmente á quien por sus cartas podíamos considerar nuestro amigo. Al salir del hotel tomamos un carruaje de alquiler, diciéndole al cochero que nos condujese á la vía Cottolengo, 32, Asilo Salesiano. El cochero nos condujo, en efecto, y al llegar al establecimiento, aún recuerda el Sr. Silvela, y no hace muchos días que de ésto hablábamos, la verdadera incomodidad que el auriga mostró contra nosotros, considerándose poco menos que insultado, porque le habíamos dado las señas. «Bastaba, nos dijo, que me hubieran mandado ir á casa de D. Bosco, que es una gloria de Turín; pues el último vecino sabe donde vive, y donde está la Escuela Salesiana.»

Perdonadme el incidente recordado para probaros de qué manera era apreciada la memoria de este grande hombre en Turín; y así se explican las imponentes manifestaciones de dolor, el día en que por desgracia desapareció de entre los vivos.

Muerto D. Bosco, principia la hora de la justicia; pues, á pesar de todas sus grandes virtudes y de sus servicios incomparables, no ha dejado de tener detractores, que si no tan encarnizados como en sus primeros tiempos, algunos había, rebeldes á la evidencia, que censuraban los propósitos políticos que suponían animaban su conducta, y nada sin embargo tan lejos de la exactitud. D. Bosco era un hombre extraordinario, que tenía tal influencia sobre la juventud, transmitida á todos los dignos sacerdotes y legos que forman la Orden Salesiana, que el fenómeno se reproduce donde quiera que uno de estos establecimientos se encuentra. Ya os he referido, señores, el caso de aquella comprobación presentada al Sindaco de Turín, padre del Conde de Cavour. Después se ha repetido el caso infinitas veces, y siempre se ha visto al gran sacerdote ligado á sus jóvenes por vínculos indestructibles, pero completamente espontáneos, sin la más leve sombra de coacción de ninguna especie. Esto pocos

podrán afirmarlo tanto como D. Manuel Silvela y yo, que fuimos á Turín á invitar á D. Bosco para que viniese á España á regir el establecimiento de educación correccional levantado en Carabanchel, bajo el nombre de *Escuela de Reforma de Santa Rita*. Nuestro propósito era, como digo, que los Salesianos se encargaran de la Escuela, y su fundador, al pedirle su auxilio, le pareció tan simpático el pensamiento, que se decidió; pero cuando le indicábamos que la Escuela tenía carácter correccional, que allí habían de estar reclusos los jóvenes enviados, unos por los tribunales y otros por sus padres, y que, por lo tanto, no podía prescindirse de ejercer natural é indispensable coacción, D. Bosco con gran pena nos dijo entonces: «No puedo: las murallas de mis establecimientos son las calles; de los Institutos Salesianos se va el que quiere, aunque ya sé yo que no se va nadie —añadió el sacerdote.—Ustedes me piden lo que es contrario á lo fundamental de mi regla, lo que se opone á mis propósitos», y con gran sentimiento nuestro no pudimos obtener la cooperación de los Salesianos para la *Escuela de Reforma de Santa Rita*.

Con ese motivo tuvimos ocasión de comprobar cómo el vínculo se había establecido, de qué modo, sin violencia, con el sistema admirable que he tenido la honra de someter á la consideración del Ateneo, aquella juventud espontáneamente sometida á una disciplina en el fondo severa, aunque no incompatible con la bondad, de qué manera, repito, aquella juventud presentaba uno de los fenómenos que más cautivan cuando se visita un establecimiento salesiano. En efecto, nos llamó la atención el aspecto de los acogidos, su alegría, su buen color, la natural jovialidad tan inherente á la juventud sana, en cambio de esa especie de tristeza y demacración que por desgracia es el sello característico de la población de los Hospicios y de los Asilos. ¿Por qué el fenómeno físico se produce? Sin duda por la otra manifestación moral. Porque el acogido en el Hospicio Salesiano, el que asiste al oratorio festivo del domingo, como el que va á las escuelas nocturnas, ve en el sacerdote, y aun en el lego (porque también los hay, y además los llamados cooperadores, que no

son sacerdotes), un padre amante lleno de abnegación, no encuentra nada que le mortifique ni rebaje, nada que imprima carácter de represión ni violencia, sino que el resultado, la educación y la reforma se obtienen casi sin darse cuenta de que son objeto de ella. Eso lo consiguen sólo hombres extraordinarios; de tal manera, que la Historia ha conservado el recuerdo de algunos, raros, rarísimos, que obtuvieron este maravilloso resultado, sólo por la fuerza de su voluntad, por la influencia, por el prestigio verdaderamente prodigioso que ejercían sobre todos los sometidos á su disciplina y á sus cuidados.

En 1846, como todo el mundo sabe, se reunió en Francfort sur Mein el primer Congreso penitenciario. Allí el célebre Suringar y el erudito delegado francés Du-Boys referían á la docta Asamblea los acontecimientos extraordinarios que invocaban para probar que los hombres, cuando se les trata como á tales, cuando no se hiere ni aun en los más criminales el sentimiento, la dignidad, sino que el resto, la chispa que puede quedar todavía como oculta en el interior de su alma pervertida, si ese fuego se conserva como fuego sagrado, todavía el más perverso puede ser redimido; pero si los encargados de su tratamiento, si los que han de dirigirle, si los que han de preparar su enmienda acaban por apagar y destruir aquel resto de virtud, que es lo que hay que explotar para la redención, ¡ah! entonces la pérdida es segura. No cabe duda, señores, que si al penado se le hace comprender que delinquiró, que quebrantó las leyes y que tiene por ello, como ahora se dice (aunque á algunas personas les extrañe), derecho á la pena; si racionalmente se le hace comprender que está recluso, no por odios ni venganzas, sino porque así lo exige la ley moral, necesidad social, de la cual el mismo culpable obtendrá el beneficio, entonces se alcanzan éxitos tan extraordinarios como el que logró el célebre Obermaier, en el penal de Mónaco.

Este insigne criminalista se encontró una noche con que había estallado en la ciudad un incendio formidable; faltaban brazos para contener el devastador elemento; la ruina era inminente; las pérdidas iban á ser considerables. El jefe de

la prisión, con ese arranque que sólo tienen los genios, con gran confianza en su procedimiento y con la seguridad que le daba su conducta, respecto de los criminales sometidos á su dirección, ejecuta un acto verdaderamente heróico. Sale de la prisión con todos los reclusos, los lleva al incendio, les hace trabajar y él á la cabeza de ellos. Aquellos hombres, castigados por delincuentes, aquellos hombres, sometidos á privación de libertad y á severa pero racional disciplina, se convierten en verdaderos héroes para salvar las personas y las cosas, sin que ocurriese el menor atentado contra las unas ni contra las otras; y, dominado el fuego, toda la población penal vuelve á su sitio. Las autoridades estaban preocupadas con la idea de que aquellas gentes hubieran podido romper sus cadenas, y como temían que la ciudad se viese amenazada, lo primero que se procura es saber si la población penal está completa. Obermaier pasa lista á sus reclusos delante de la autoridad, y ni uno solo le faltaba. Espectáculo sublime, verdaderamente maravilloso, obtenido por la influencia extraordinaria del genio, muy parecido al de otro ilustre español, que bien merece le consagremos un recuerdo.

M. Du-Boys, en su notable libro sobre los Salesianos, dice que Obermaier y D. Bosco han sido los únicos hombres que han obtenido resultados tan sorprendentes por su influencia sobre los reclusos y acogidos; afirmación del célebre escritor francés, porque ignoraba que en España se han conseguido por iguales causas idénticos efectos.

Todos habréis oído hablar del coronel D. Manuel Montesinos, director que fué del presidio de Valencia desde el año 1835 á 1850; genio semejante á Obermaier y D. Bosco, pues la vida del coronel Montesinos está llena de episodios de aquella especie. Él tenía fe en sus criminales, porque procuraba levantar su espíritu, sin herir jamás la dignidad del hombre; él procuraba hacer comprender que la disciplina era indispensable; pero siempre, y en toda ocasión, como á séres racionales los trataba, y por eso los reclusos del penal de San Agustín adoraban á su comandante, y mil sucesos podría referir que lo comprobasen. Consta en documentos

fehacientes, que hallándose un empleado de Hacienda visitando el presidio, llegó el momento de mandar á buscar la consignación para pago del personal y material. Montesinos, sin vacilar, llama á uno de los presidiarios y le manda por el dinero, como lo hacía con frecuencia, sin que jamás ninguno faltase á su confianza.

Hizo más. Cuando se trató de organizar en Madrid el presidio modelo, se pidió al de Valencia un núcleo de penados, de los más hábiles trabajadores, para que viniese á la Corte á constituir la base del penal. Montesinos envió, en efecto, 50 penados, con varios carros, telares y efectos de valor, acompañados por un viejo capataz. Cuando llegaron, el Director general dijo:—Que suba el oficial de la escolta.—No viene ningún oficial, le contestaron.—Pues que suba el sargento.—No hay sargento tampoco.—¿Pues con quién han venido los 50 presidiarios?—Con un viejo capataz.

Asombrado el Director general, quiso verlo personalmente, y así pudo comprobar que los carros, con todo lo que traían, habían llegado, sin que los penados hubiesen dado motivo en el tránsito á ninguna censura, correspondiendo de esa suerte á la confianza que en ellos depositó el coronel Montesinos.

Cuentan sus biógrafos que en una de esas revoluciones tan frecuentes en nuestro país, la autoridad militar de Valencia tuvo que desguarnecer el presidio, reconcentrando la poca fuerza de infantería que custodiaba el establecimiento. Preocupada dicha autoridad de lo que pudiera ocurrir en el penal, preguntó á su comandante, qué pensaba hacer si por casualidad era acometido por los sublevados. Montesinos contesta:—Ya lo he pensado, voy á armar á los penados para defender el establecimiento.—Se necesita, señores, una fe como la que tenía aquel hombre extraordinario que lograba esos éxitos, colosales en verdad, pero que se alcanzan cuando se emplean procedimientos para conseguirlo, y no se acude á medios enteramente opuestos, como lo son por desgracia los que, con raras excepciones, se siguen en nuestros llamados establecimientos penitenciarios.

Se ha censurado también á D. Bosco, suponiéndole hom-

bre exageradamente intransigente en materia religiosa. Es preciso, señores, ser totalmente injusto para pedir á un buen sacerdote que vacile siquiera, cuando de un lado están las afirmaciones de la Iglesia católica, y de otro lado las de carácter láico. El hombre de estudio, el que no ha hecho votos, el que se considera libre para pensar en asuntos religiosos, puede tomar el temperamento que crea más conforme con su conciencia; pero el buen sacerdote no tiene más que un punto de vista y un solo deber que cumplir. En esto, es verdad, D. Bosco fué inflexible, y hubiera sido totalmente absurdo pedirle, por ejemplo, que diera en sus asilos una instrucción contraria á la doctrina de la Iglesia; hubiera sido inicuo pretender que la enseñanza de los Salesianos, que es muy completa, pues abraza la elemental, secundaria y superior, se apartara de la doctrina católica para complacer á los racionalistas. A nadie que piense con juicio le ocurrirá pedir que en esas escuelas, cuando se explique la *Divina Comedia*, se aparten del comentario católico de Francesia y Benassutti, aprobado por la Iglesia, para seguir el espíritu completamente láico que inspiró la creación de la cátedra dantesca, acordada por la Cámara italiana á propuesta del diputado Bovio.

Todo eso sería absurdo, como también lo sería pedir á un sacerdote católico viera con satisfacción y aplaudiese la ocupación de Roma por los italianos. No discuto el hecho ahora, porque no debo ni puedo; pero comprendo que algunos hombres de Estado que, como he dicho antes, están libres de ciertos vínculos con la Iglesia, vean el problema con frialdad, lo acepten y aun lo aplaudan; pero un sacerdote no lo puede hacer sin incurrir en apostasía. En ese particular D. Bosco tenía el sentido del gran César Cantú, cuya nota patriótica nadie puede poner en duda, y sin embargo, jamás ha sido entusiasta de la entrada de los italianos en Roma. Fuera de esto ¿puede decirse que D. Bosco no era un patriota? ¡Ah! Esa es una de tantas calumnias propaladas por sus enemigos. Él siempre lamentaba lo difícil del problema de la ocupación de Roma por la casa de Saboya; pero yo he visto en todas las clases de los establecimientos sa-

lesianos la santa Cruz en el centro, el retrato del Pontífice á la derecha, y á la izquierda el de Humberto I, á quien no llamaba, como algunos, rey de Cerdeña sólo, sino de Italia, porque para él la unidad italiana estaba hecha; si bien eliminaba, como era natural, lo que tenía de espinoso para un sacerdote católico el problema de la ocupación de Roma, y la pérdida del poder temporal de los Pontífices.

No hay, pues, motivo para censurar á D. Bosco por esa causa, que aún sirve á algunos para zaherirle, á pesar de la justicia que le hacen en lo demás.

Es preciso, señores, cuando se ven figuras como ésta, tener confianza en la redención. Basta que se reúnan esas dos grandes fuerzas que se llaman el amor y la fe, pues cuando se juntan, siempre han producido y producirán, en el mundo moral, mayores transformaciones y fenómenos mucho más portentosos, que los alcanzados en el mundo físico por las aplicaciones del vapor y de la electricidad. D. Bosco tenía gran fe, resolución inquebrantable, desinterés sin igual, y el éxito coronó sus esfuerzos. Hoy, después de una lucha de cincuenta años, deja esparcidos por el mundo 180 establecimientos salesianos, y 200.000 jóvenes redimidos por su obra incomparable.

Para el católico creyente, D. Bosco fué un elegido del cielo, un santo, como decían las gentes de Turín, al ver pasar su cadáver. El que no comulgue en estas ideas, no podrá negar que fué un insigne filántropo, lleno de abnegación. Para unos y otros, y espero que para el Ateneo hoy y para España entera mañana, será D. Bosco un hombre extraordinario, cuya vida laboriosa, llena de incomparables servicios á sus semejantes, le da derecho á la inmortalidad.

